

considerar el poder en sí mismo y las amenazas de la corrupción, por exceso o defecto. Desde luego, que esta clasificación tiene plena validez y vigencia en la actualidad, cuando la relación poder político y poder económico aparecen tan estrechamente vinculadas que amenazan la búsqueda del bien común, como bien superior de la sociedad. El economicismo en todo el mundo se dirá que es el destino y por tanto, todo tiene su precio, claro que en valores de cambio. El presupuesto de lo público y lo privado, nos llevan a una clasificación en función del principio de la representatividad del poder, de donde es posible distinguir entre gobierno de las feudalidades y gobierno representativo, al cual adhería Freund. Al incorporar como último presupuesto de lo político, la infaltable y esencial categoría de Carl Schmitt, de la relación de amigos y enemigos, Freund distinguiría atendiendo a la relación del poder con el tercero, estado polémico y estado agonal. Sin duda que la clasificación más interesante y novedosa es aquella que establece las formas que denomina anarquía, hipercracia y mesocracia. En la primera, se rechaza la jerarquía y el poder, lo que haría surgir el contradictorio *régimen político del no poder*, difícil e imposible de lograr, pues implicaría la disolución de toda forma de unidad política. Constituye un simple idealismo utópico. La hipercracia «consiste en un exceso de poder», «un poder sin límites», la pura fuerza, en la utilización de las categorías de Passerin d'Entrèves. Para Freund, que pretende darle a lo político su lugar y su justa medida, «toda superpoliticación es una despoliticación». Esto resulta empíricamente demostrado en todos los regímenes totalitarios o autoritarios, donde el control político se establece para monopolizar la representación y la participación en quienes detentan el poder o se adscriben incondicionalmente a éste. Finalmente, se nos presenta la mesocracia, régimen que implica «la salud de lo político», pues la fuerza es solo un medio para lograr el bien común, coparticipando con el resto de las actividades en el desarrollo de la sociedad, al autolimitarse en sus pretensiones y en el uso de la fuerza y la coacción legítima, permitiendo

así, la libertad de los ciudadanos y su ejercicio responsable.

Finalmente, el autor que comentamos, aborda otro de los temas fundamentales de la obra de Julien Freund, lo que éste denominaba como la esencia de lo económico. Menos conocido que el desarrollo teórico que Freund dedicó a la esencia de lo político, este estudio permite acceder a la comprensión de una dimensión esencial de la vida humana y social, que en tiempos de desatado economicismo, se puede decir, de un imperalismo o mejor, de un totalitarismo de lo económico resulta fundamental conocer. Así como en la primera mitad del siglo XX se llegó a formular la idea del Estado total, hoy por hoy, muy acertado sería hablar de Mercado total. Molina aborda el problema del economicismo en el marco del sistema capitalista, señalando que éste solo se daría en Europa y en las Américas anglosajona e hispánica.

Sobre esta última afirmación, creemos que el capitalismo se ha impuesto de manera más globalizante y hegemónica de lo que afirma Jerónimo Molina, y aceptando alguna de los planteamientos de la tesis de Immanuel Wallerstein, es posible concederle a éste, que hoy nos encontramos ante la completa construcción del denominado sistema-mundo capitalista, que se ha venido estructurando desde el siglo XVI, más allá y por sobre el sistema interestatal. Casi podríamos señalar, bajo el riesgo de ser calificados de marxistas, que el Estado racional, aquel del *Ius publicum europaeum*, la máxima construcción del racionalismo europeo, ha sido su perfecto instrumento, a veces escapando a tal destino y hegemonía al conducirse por caminos propios, por obra y gracia de la conducción divergente de sus gobernantes, o por efecto de los ciclos del propio capitalismo. Sin embargo, es interesante, aunque no completamente aceptable, la afirmación sobre la naturaleza económica del hombre, no en el sentido que lo económico no sea una dimensión humana, sino, aquella que pone en un pie de igualdad al *zoon politikon*, el hombre como animal social y político, con la categoría del *homo oeconomicus*. Creemos que esta categoría que emana de la esencia de lo

económico, al constituir un medio y no un fin, solo alcanza una parte de la naturaleza humana. No por transformarse lo económico en un sistema tan totalizante de la vida social, transforme al individuo en un ser de esa naturaleza, argumento que también es extrapolable al ámbito o esencia de lo religioso. Del *homo oeconomicus* al *homo consumans* hay un paso.

En fin, en todo caso resulta fundamental el trabajo de Freund, al igual que hizo en la esencia de lo político, al descubrir los presupuestos de lo económico, constituidos por las siguientes categorías dialécticas: útil-perjudicial, escasez-abundancia, señor-esclavo. Del mismo modo, la capacidad de establecer la finalidad de esta esencia, en el bienestar, permite definir los límites legítimos de la actividad económica e igualmente identificar los excesos y vicios de la misma. La tipología de la actividad económica puede parecer en la actualidad algo restringida, especialmente al no considerar las formas excesivas o viciadas de tal actividad.

La capacidad de sistematización y método de Freund lo ubica en el mismo nivel de intelectuales como Max Weber o Georg Simmel; precisamente por esa gran capacidad de penetrar en los fenómenos y analizarlos en cada una de sus partes, presupuestos y formas, resulta al final una obra tremendamente atractiva, siempre con el riesgo, que por lo mismo, pueda parecer restringida. Jerónimo Molina nos ha abierto las puertas y nos ha conducido por el camino intelectual de un gran pensador.

José Ignacio Vásquez Márquez

Sébastien de la Touanne, *Julien Freund, penseur «machievélien» de la politique*. París, L'Harmattan, 2004. 325 pp. ISBN : 2-7475-7626-4.

Cuando se ciernen vientos de crisis sobre el modelo de una civilización, saben los mejores intelectuales que sólo volviendo a las cuestiones esenciales puede ofrecerse al hombre algún res-

quicio de superación de su actual desconcierto. El interés que viene despertando en Europa la filosofía política de Julien Freund en los últimos años se debe, sin duda, a este convencimiento doloroso de la insatisfacción que provocan las respuestas habituales al problema de nuestro vivir político, cuya facticidad no debe nunca darse por supuesta. Elevar el espíritu a la esencia de los problemas no supone eludirlos, sino afrontarlos, justamente, con la hondura que merecen, dejándose medir por ellos.

Dejarse medir por la realidad, con toda la complejidad incierta que ella supone, fue la apuesta de Freund ante la razón paralizante del esquematismo sociológico de su tiempo. También ante el representacionismo que, nacido al calor de lo epistemológico, ha venido a hacerse carne y estructura en las instancias políticas de los últimos dos siglos, bajo los oropeles del subjetivismo, del igualitarismo y de las ambiciones universalistas que sostienen por igual el moderno *democratismo*. Es esta –en nuestros días rara– pretensión que movió la obra toda del filósofo de Lorena que ha querido poner al descubierto Sébastien Bigot de la Touanne en su reciente trabajo. A él dedicó previamente su tesis doctoral, defendida hace escasos años (2002) bajo el amplio título de *Théorie politique et philosophie du droit chez Julien Freund* y presentada bajo la tutela de Philippe Raynaud en la Universidad de París-II (Panthéon-ASSAS). Con intachable estructura, repasa en esta nueva edición las líneas maestras que sostienen el edificio sociológico y filosófico-político de quien sin duda está llamado a constituirse en una referencia clave de la filosofía política contemporánea.

Se trata del primer estudio monográficamente dedicado a Freund en Francia. Inaugura así una vía que, por fortuna, no parece ser ni breve ni de corto alcance. Sorprende que hasta el momento ninguna obra semejante haya aparecido en el país galo. Sólo algunos artículos se le dedicaron tras su fallecimiento en 1993, de carácter encomiástico en la mayoría de las ocasiones; en otras de dudosa exégesis sobre su todavía sospechosa ubicación ideológica, como muestra el deletéreo debate que

se produjo entre Jean-Paul Sorg y Alain Bihr en los números 7 y 8 de la revista *Histoire et Anthropologie* (1994). Aparte de ciertos escritos de Piet Tommissen, Chantal Delsol –célebre y meritoria discípula– y de sendos artículos publicados por G. Renaud y por B. Quesnay en *Géostratégie* («Julien Freund: la guerre et la paix face aux phénomènes politiques», nº 72, 1998) y *Éléments* («La grande leçon politique de Julien Freund», nº 111, 2004) respectivamente, poco más puede hallarse en lengua francesa sobre el lorenés. La memoria necesita tiempo, como los actos –subrayaba Nietzsche– a fin de ser vistos y oídos. Sin duda la obra de Touanne ayudará a hacer memoria. No ya sólo de un nombre y de una obra que merecen ser escuchados, sino, ante todo, de esos fundamentos de los órdenes de nuestra existencia al margen de cuya «*pesanteur*», gravedad y consistencia, corre el riesgo Occidente de plantear el despertar de sus ensoñaciones últimas y más frustrantes sobre una fragilidad que cínicamente pretende ignorar, como si no reconocer el peligro milagrosamente lo ahuyentara.

El foco de interpretación que permite a Touanne acercarse con cierta visión omnicomprensiva al rico y complejo legado filosófico-político de Julien Freund viene marcado por el sentido «*maquiaveliano*» de su realismo político, no reductible –como también recordaba Aron– a las pretensiones acomodaticias de los maquiavélicos de todas las épocas. Para Freund, ser maquiaveliano consistía, fundamentalmente, en dejarse sujetar por los imperativos de la realidad, sin querer imponerle a ésta la medida de la propia pretensión, sublime quizá en el orden psicológico. Su sentido es, ante todo, el de una categoría epistemológica, que Touanne cifra en unos cuantos supuestos esenciales (pp. 12-13): a) rechazo de la abstracción del idealismo utópico e ideológico; b) heterogeneidad racional y pragmática entre los órdenes de la existencia o esencias, en especial entre la significación moral de cualquier acción y la imperatividad específicamente política, según el modelo de la *Zweckrationalität* weberiana; c) carácter aristocrático del gobierno político, signo de minoría (paretiana *elite*); d) heterogeneidad

lógica y real entre saber y poder, entre verdad y voluntad, con el consiguiente primado de la voluntad en la toma de decisiones y el ejercicio del mando (herencia hobbesiana a través de Max Weber y Carl Schmitt); e) agonismo político, por cuanto lo político, siendo principio de concierto entre ámbitos existenciales y fines en perpetua lucha, confiere su significación polémica a todo cuanto abraza; f) concepción hobbesiana de las relaciones internacionales, a la vista del monopolio estatal de la violencia legítima y del carácter soberano de la potencia; y g) idea de «*liberté conflictuelle*» (p. 148): conflicto a la vez como factor condicionante y fruto de la libertad, de lo primero por ser necesaria su reducción para el ejercicio de la libertad individual y política, de lo segundo por ser expresión del entrecruzamiento de los intereses y órdenes heterogéneos de la vida social.

Junto a estos principios generales, que fácilmente podrían reducirse en su número, sostiene Touanne que Freund, pese a todo, no defiende en su filosofía un «*machiavélisme purement doctrinal*» o «*absolu*» (según la tipología de Raymond Aron en su polémica con Maritain), sino atemperado en virtud de su asunción del aristotelismo metafísico y político. El suyo es, en efecto, un «*machiavélisme modéré*» (pp. 137, 187-206, 257-269), en cierto modo identificable con el liberalismo conservador de la tradición política europea (pp. 47-48, 313-321). Este coeficiente aristotélico y hasta liberal permitiría a Freund subrayar la igual legitimidad *a priori* de todas las actividades humanas, reduciendo con ello el primado de lo político de la *Realpolitik* continental. Una reducción ésta que desde luego no implica neutralización alguna de su función, por cuanto que su importancia es central en orden a articular, a través de la intermediación del derecho, los distintos ámbitos en los que despliega la existencia humana. He aquí los dos principios nucleares que, en último término, sostienen la argumentación que sirve a Touanne para justificar esta adscripción de la politología freundeana a la matriz maquiaveliano-aristotélica del clásico realismo político europeo (al margen de la funcionalidad operatoria de este concepto a menudo difuso):

heterogeneidad conflictiva o polemógena de los vínculos sociales y necesidad de su equilibrio, siendo ésta la función política por excelencia como actividad subordinada al bien del hombre en la globalidad de sus factores.

Para el tratamiento del primer aspecto recurre Touanne, tras pasar por las raíces epistemológicas, sociológicas y metodológicas de las que se nutre la obra de Freund (pp. 43-99), a la teoría de la esencia, sintéticamente expuesta en su estudio a propósito de lo político (pp. 107-180). No podía ser de otro modo siendo ésta, como es, la gran aportación de la filosofía freundeana. La especificación de la esencia de lo político representa, acertadamente, el centro gravitacional del discurso del investigador francés, detallando los principios que determinan intrínsecamente a esta actividad. En esta parte del análisis, el carácter dialéctico de sus presupuestos (mando-obediencia, privado-público, amigo-enemigo) le permite poner de relieve en especial dos aspectos: por un lado, la polemicidad que lo político, en su afán orientador de la vida pública, confiere a cuantas relaciones articula, tanto hacia el interior de la colectividad como hacia su exterior. Por otra parte, la irreducibilidad de la decisión, que parece emparentar a Freund con el decisionismo schmittiano (pp. 132, 207-232). No obstante, muchos son ya los lugares en los que se ha mostrado la inconveniencia de tratar la visión schmittiana de lo político según el paradigma habitual y hobbesiano (previamente ockhamiano) del voluntarismo decisionista. En el jurista alemán, la óptica teórica del «*konkrete Ordnungsdenken*» y del «*nomos*» templa la médula voluntarista de la decisión política, que no llega a tener ese rostro desgarrador que a menudo se le confiere. Si el *nomos* schmittiano circunscribe cualitativamente y mide la racionalidad de los actos de la voluntad política, en Freund, por su parte, sucede cosa análoga, a través del concepto, afín al schmittiano en su fondo y forma, de *orden*. Si bien Touanne logra poner de manifiesto la centralidad de este concepto desde su especificación existencial política (pp. 134-135), no entra, sin embargo, en sus implicaciones metafísicas, de indudable repercusión socio-política.

La elisión de este aspecto no resulta accidental, sino que condiciona notablemente el modo como pueda comprenderse el carácter mediador de las esencias, qué tipo de articulación se da de ellas en el seno de una concreta sociedad y qué papel juega lo político en esta articulación. El hilo argumental del ensayo de Touanne se apoya netamente sobre el concepto paretiano de «*equilibrio*» (en especial, pp. 176-180, 298). La adopción por parte de Freund de esta categoría encauzaría tanto su polemología como su teoría de las esencias, de un modo tal que «la influencia de Pareto en la filosofía de Freund sería la más fuerte, dado que [...] todo su edificio conceptual (esencias, presupuestos, dialécticas...) descansa sobre la noción de equilibrio social y heterogeneidad» (p. 56). Ciertamente introduce Touanne también matices diferenciales entre lo que uno y otro –Pareto y Freund– entienden por esta noción, pero mantiene en esencia el mismo paradigma de interpretación, atribuyendo al lorenés un sentido de equilibrio fundamentalmente de tipo mecánico y cuantitativo, tal y como el sociólogo italiano sostenía (p. 135). El recurso en el estudio a Pareto, en lo que toca sobre todo a este concreto punto, es constante: constituye la sociología del italiano, de hecho, más incluso que la politología del florentino Maquiavelo, el auténtico leitmotiv del volumen, cosa inesperada a tenor del mismo título del ensayo y a pesar del aire de familia entre quienes participan genéricamente de una misma tradición. Y aunque es cierto que no es ni mucho menos irrelevante la incidencia de éste en la obra freundeana, su peso no parece ser de tal potencia. En este sentido, sólo tiene validez relativa (por unilateral en parte) la afirmación de que esta teoría del equilibrio paretiano «viene a coronar la teoría de las esencias o más precisamente las diferentes nociones de antagonismo y conflicto entre las esencias, integrando el juego de las dialécticas, ya presente en *Lessence du politique*, en un conjunto coherente» (p. 58).

En el análisis freundeano de la reciprocidad de las esencias en el orden de una sociedad políticamente organizada, la articulación no reviste la forma cuantitativa y macro/microfísica de un equilibrio entre vectores dispares de fuerza. Su

idea de «orden social» no se asienta sobre una «*vision mécanique de l'équilibre social*» de tipo paretiano, sino aristotélico, más bien, en síntesis con el formalismo simmeliano. El orden político, más que limitación del poder (p. 108) y antes, es circunscripción de la expresión operativa de su naturaleza, que le confiere su medida racional-práctica y su alcance. La política no es sólo el nudo capaz de vertebrar relaciones que, desintegradas, abocarían a la explosión social, mitigando por ello su antagonismo y reconduciéndolo, sino que, más fundamentalmente todavía, es principio de ordenación del conjunto de la vida social en virtud de su funcionalidad arquitectónica, generativa de un específico modo de vida, la del hombre ciudadano («*polités*»). La articulación de las esencias no se da entre fuerzas materiales, reductibles a una contraposición cuantitativa, sino que genera un orden cualitativo –el político– que redefine la pluralidad de relaciones que ordena, reorientándolas a su propia y específica finalidad (el bien común como bien de la *polis*). La política, en este sentido, no tiene como misión limitar extrínsecamente ese pluralismo causal en sociedad que, en efecto, Freund recoge de Pareto tanto como de Weber (p. 49), sino ordenarlo.

El patrón estatal de comprensión de lo político, hoy en crisis, subsiste precisamente gracias a la óptica geométrica que, inaugurada en la modernidad hobbesiana, alimenta contemporáneamente el irresoluble debate –quizá ya en cierto descrédito– entre el modelo social liberal y el social-demócrata. En esta perspectiva, el núcleo de la cuestión se encuentra en la fijación de los límites del poder ante la pluralidad de dominios humanos de relación, problema que se pretende resolver con la progresiva neutralización del significado político de éstos, según el devenir histórico del modelo. Pero parece que la pretensión de Freund, converso tempranamente a la meditación realista aristotélica, discurre por otras vías. Sólo reconociéndolo se hace posible acercarse a su tesis sobre la «*mésocratie*», expresión del sistema polí-

tico representativo, sin reconducirla a una previa idea de liberalismo social, tendente a la máxima reducción posible de la significación política de los vínculos sociales. La superación del paradigma estatal no viene de la mano de la neutralización del significado político de las relaciones sociales del tipo que se quiera, sino, justamente, del movimiento inverso, de la proclamación de su valor político, de una adecuada politización de lo social, sin abocar, desde luego, a aspiración totalitaria alguna. Decir que la relación política es una relación «*parmi d'autres*» (p. 114), como el mismo Freund sentaba, no significa que su relación con las restantes sea de pura conciliación: su orden no es simple reunión de lo diverso, sino su relativa unificación, no exenta de dimensión polémica por mor de la significación que confiere a cuanto envuelve.

En Freund, entender que, como indicaba el Aquinate, «el hombre no se ordena a la comunidad política según la totalidad de su ser y todos sus aspectos» (*Sum. Theol.*, I-II, q. 21, a. 4 ad 3) pasa a través del reconocimiento de la especial tarea que le corresponde a lo político en su condición de orden, «*ethos*» o «*milieu*». Su estudio sobre *La esencia de lo político* se abre a la defensa de una libertad política que no es sólo la del hombre que vive en la comunidad con capacidad para desarrollarse en múltiples aspectos de sí mismo, sino la que se ejerce participando de ella y del bien de la que es mediación. Las referencias a esta cuestión de *Le Nouvel Âge. Éléments pour la théorie de la démocratie et de la paix* (Rivière, París 1970), «*Le gouvernement représentatif*» (*Essais de sociologie économique et politique*, EHSAL, «*Eclectica*», nº 81, Bruselas 1990) o «*La mésocratie*» (*Critère*, nº 22, Montreal 1978, pp. 31-46), no habrían de ocupar las últimas palabras sobre el semblante «*maquiaveliano*» de Julien Freund (pp. 313-319), sino el foco de iluminación de su realismo.

J. C. V.

«««

TABULA GRATULATORIA DE COLABORADORES